

CUENTA TU EXPERIENCIA

Desde este n.º, en FEGUI están abiertas sus páginas para que los socorristas cuenten sus experiencias, de tal forma que todos podamos enriquecernos con aportaciones sencillas pero reales.

DIARIO DE UN SOCORRISTA

• J. Arturo Abraides Valeiras •

NOTA: Este documento no tiene otra finalidad que la de contar una situación real, en la que se realizó una intervención por parte del socorrista, en las condiciones estipuladas por el momento y la vida real. Se pretende hacer también una valoración de lo realizado, con la finalidad de no cometer los mismos errores, en el caso de tener que volver actuar.

Bien es cierto que el trabajo de un socorrista es un tanto especial, ya que no se puede decir que nunca me va a pasar a mí, que nunca vivirá una situación real, que nunca tendré que intervenir, que nunca depender de mí la vida de otra persona. Incluso trabajando de socorrista, bien en una piscina o bien en una playa, donde las condiciones de riesgo son mayores, te llegas a plantearte que pueda pasar "algo", por no decir "lo peor".

Yo trabajaba de socorrista en una piscina junto con otros compañeros, teniendo todos los en regla, es decir, contrato, horas de trabajo y horas de descanso. Todo transcurría de una forma normal, trabajando sobre todo en las medidas de prevención, con la finalidad de no realizar posibles intervenciones que nos llevasen a una situación más complicada.

Me tocaba descansar cierto día y como no estaba cansado de bañarme, decidí irme de vacaciones a una playa, descansar, estar tranquilo y olvidarme de los quehaceres de la vida diaria. Pues bien, no estaba ni en la playa, sino que pasaba tranquilamente cerca de ella, cuando de repente llegó hasta mis oídos una señal de alarma; "¡Un médico!", "¡llamen a un médico!", en ese instante giró mi cabeza para observar lo que sucedía en aquella playa.

El hombre estaba acostado próximo a la orilla, incluso rompían las olas en sus piernas. La gente se amontonaba junto a él. Miraban al aire. Nadie movía un dedo. Yo, desde lejos, me preguntaba si tenía que intervenir. Aún no había respondido a mi pregunta cuando ya estaba junto aquella persona. ¡Por favor, llamé al 061 y dígame que hay un hombre ahogado!, esas fueron mis palabras a

la primera persona que me encontré mientras corría para acercarme a junto la víctima.

Nunca me imaginé tan sereno ante un caso real, tal y como era aquel. Siempre tenía la duda y me preguntaba: ¿Cómo actuaré yo ante una situación real?

Tenía pulso, débil, pero tenía pulso. Apenas se le notaba respirar porque tenía la boca llena de espuma. Estaba morado, negruzco. Le limpié la boca, intentando quitarle la espuma que se escurría por su mejilla. Limpiando y limpiando me encontré con su dentadura postiza, estaba suelta y podía obstruir las vías respiratorias. Seguía teniendo pulso.

Colocado en posición lateral de seguridad, coloqué mi mano sobre su vientre y, apretando ligeramente, observé como salía agua de su interior, de la misma forma que lo hace una fuente.

El tiempo pasaba lentamente. La ambulancia parecía tardar. De repente, y casi sin darme cuenta, ¡no tiene pulso!, las olas dejaban de romper en la orilla. Sin más vacilaciones y con la cabeza muy fría, me decidí a comenzar la Resucitación Cardio Pulmonar (R.C.P.). Colocado de cúbito supino, dos insuflaciones y quince masajes cardíacos. Así estuve tres veces, ya que después recuperó el pulso y la respiración. Ambas débilmente.

La víctima era un varón de avanzada edad, entre los 55 y los 60 años, de poco peso y poca envergadura. Sobresalían en su anatomía los huesos, localizándose fácilmente el apéndice xifoideo. A realizar las insuflaciones noté que

desprendía un olor a cerveza. Probablemente la hubiese bebido a la hora de comer, ya que el reloj marcó las 14:32 en su pantalla digital.

La gente estaba aborrotada y aglomerada junto a la víctima. Había entendidos en el tema que intentaban ayudar sin saber que hacer, voluntariosos, pero sin conocimientos, al menos desde mi punto de vista. Les di trabajo, diciéndoles que tranquilizasen a la gente, que me avisasen cuando llegase la ambulancia y a uno de ellos que controlase el pulso a nivel radial en una mano, ya que su intención era estar junto al hombre. Yo estaba allí, esperando por la ambulancia y él en posición lateral de seguridad.

¿Qué pasó?, ¿Cómo sucedió?, pregunté a la gente que miraba el acontecimiento. "Estaba ahogándose en el mar, y esa mujer (señalando a una persona que estaba derredal) lo sacó hasta la orilla". La mujer nerviosa ni siquiera sabía como lo había podido sacar, porque "yo no tengo fuerza y no sé como lo di quitado". La esposa de la víctima, único familiar que había en la playa estaba impávida en la toalla, serena, mirando la escena que ocurría cerca del mar. Yo, ante tal situación, me quedé extrañado.

¡Perdón!, ¡Paso por favor!. La ambulancia terminaba de llegar y ahí llegaba la camilla inmovilizadora, la botella de oxígeno, el ambú y personas cualificadas. Les dije lo que acababa de suceder, que le había realizado la R.C.P. y que tenía pulso débil y respiración. Le pusieron el ambú y el oxígeno. Entre varios, cogimos a la víctima en bloque y la colocamos, tal y como estaba en posición lateral de seguridad, encima de la camilla inmovilizadora. Así la transportamos hasta la ambulancia, que estaba a unos cien metros.

El hombre respiraba, lento y débil, pero respiraba; tenía pulso, latía su corazón, y las olas seguían rompiendo en la orilla, una tras otra, sin detener su ritmo. Su familiar lo acompañaba en la ambulancia, serena y extrañada. El sonido de la sirena iba a menos, la ambulancia se alejaba, se iban hacia el hospital.

Yo estaba en blanco, sin saber que hacer, sólo quería desaparecer del sitio, y eso fue lo que hice. En el menor tiempo posible desaparecí y me fui a cambiar, ya que los zapatos, ropa y demás estaban empapados por el agua del mar, que espero siga rompiendo lentamente en la orilla, sin detenerse.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a lo que había realizado. Porque como bien sabemos, una secuencia de actuación no termina aquí, sino que debemos

de hacer una valoración de nuestra intervención en el salvamento. La valoración fue exhaustiva ya que a cada minuto se me venían a la cabeza las imágenes que había vivido.

Lo hice bien, me repetía mentalmente, ya que la finalidad era salvarlo y, al menos lo había conseguido, ya que su corazón palpitaba y sus pulmones respiraban. Sin embargo, valorando mi actuación me di cuenta de errores que cometi, que no tuvieron una trascendencia negativa, pero que al fin y al cabo son errores que espero no volver a cometer; primero porque espero no volver actuar y segundo, porque de volver a intervenir, no se me olvidarán.

Uno de mis errores fue el realizar una maniobra que, actualmente, yo no estoy permitida, sin embargo la inconsciencia me llevó a realizarla. Realicé la apertura de vías respiratorias para hacerle las insufilaciones con la maniobra de Frente - nuca, con lo cual me pudiera haber cargado sus cervicales, en el caso de tener algún problema a ese nivel.

Otro error estuvo en el masaje cardiaco, la primera vez lo hice bien, busqué el apéndice xifoides, coloqué dos dedos y a continuación lo mano para regular el masaje. Dos - quince fue la secuencia. La segunda vez, y aunque el sujeto era delgado y estaba escudido, me olvidé de medir donde ponía mi mano para dar el masaje cardiaco, y orientado por la posición anterior, comencé a dar masaje cardiaco. No sé si por la fuerza o por la posición de mis manos, me quedé con la sensación de que una costilla no volvió a su sitio después de hacer un masaje. Bajé la intensidad del masaje y seguí con las quince repeticiones. La tercera vez, ya miré donde colocaba la mano.

El tercer fallo, si se puede denominar así, es en el seguimiento de la víctima, ya que es hoy el día en que sigo pensando si esa persona sigue disfrutando de la vida o si después de los esfuerzos realizados, las olas dejaron de romper en el mar y todo está en calma. No tengo conocimiento del sujeto, por lo tanto deberíamos estar en contacto, a ser posible, con las víctimas, para saber su evolución después de nuestras intervenciones.

Yo nunca creía que me iba a pasar, ni siquiera pensaba que tendría que actuar. Ahora sé que en cualquier momento tengo que estar preparado, que tengo que saber analizar la situación que se me presenta y actuar con precisión, rápido y bien.